¿Habrá baile en el cielo?

Reflexiones de la alegría espiritual
desde la perspectiva de San Luis Orione

P. Freddy Lara fdp

Agradecimientos

A Dios Padre, y Don Orione por hacerme bailar el espíritu..

A mi madre Elsita, por su amor sencillo y constante.

Al P. Tarcisio Vieira, Superior General de Don Orione,
por su afecto fraterno.

Y a la comunidad religiosa Orionista de Posada de Llanes,
con quienes comparto el camino de fe y esperanza.

Introducción

La existencia humana se parece más a una danza que a una línea recta. Avanzamos a veces con pasos firmes y seguros, otras con movimientos torpes y cansados; unas veces saltamos con entusiasmo, otras apenas rozamos el suelo. Y, sin embargo, siempre hay música de fondo: la música de la vida, que nos envuelve, nos empuja, nos invita a movernos aunque no siempre comprendamos su compás.

Un Domingo en Asturias, mientras celebraba la Eucaristía en la parroquia de Posada de Llanes, esa música se hizo especialmente clara. Desde el coro parroquial resonaron, inesperadamente, las melodías del musical *La Audacia de la Caridad*, compuesto a fines de los años ochenta en Madrid por jóvenes Orionistas españoles. Aquellas notas me transportaron en un instante a mi propia juventud.

En 1992, siendo aún alumno del Colegio Don Orione de Cerrillos, una religiosa Orionista chilena me invitó junto a otros compañeros de los colegios Don Orione y Mater Dei de a participar en la preparación de aquel musical. Alcancé a estar presente en algunos ensayos, pero circunstancias imprevistas me impidieron estar en la presentación final. Tres años después, en 1995, otra religiosa me volvió a invitar, ya como exalumno. Esta vez viví la experiencia completa: participé en todos los ensayos y en la gran presentación, formando parte del elenco de actores, junto a músicos y cantantes, todos alumnos y exalumnos Orionistas. Aquella vivencia marcó profundamente mi vocación.

Por eso, cuando en aquella misa en Asturias volví a escuchar las canciones del musical, la emoción me desbordó. Entre lágrimas de gratitud, una frase resonó con fuerza dentro de mí: **"¿Habrá baile en el cielo?"**. Fue como una ola de alegría que me empujó, casi sin darme cuenta, a comenzar a escribir estas reflexiones.

Don Orione intuyó esto con la claridad de un místico y la ternura de un padre: la fe no es un peso que se arrastra, sino un baile que se celebra. La alegría, para él, era un don y una misión. No se trataba de negar el dolor, sino de atravesarlo con la certeza de que el amor de Dios lo transforma todo.

En un tiempo como el nuestro, donde tantas veces la tristeza se vuelve contagiosa, este mensaje recupera una fuerza cultural y espiritual inmensa. En sociedades marcadas por la prisa, la soledad y la desesperanza, recordar que la santidad también se escribe con risas, con cantos, con gestos sencillos de bondad, es un acto profundamente liberador. Como sacerdote y religioso, poder sentir esa libertad, expresarla y derramarla a los demás se convirtió en el origen de estas páginas.

Como nos recuerda la Escritura: **"Estad siempre alegres, orad sin cesar, dad gracias en todo; porque esta es la voluntad de Dios para vosotros en Cristo Jesús"** (1Tesalonicenses 5:16-18). Este llamado nos recuerda que la esperanza es activa y contagiosa, capaz de sostener a comunidades enteras en su búsqueda de sentido.

La experiencia cultural y social de quienes nos rodean nos muestra que la esperanza no es un ideal abstracto, sino un tejido de relaciones, de memoria y de cuidados que sostiene la vida cotidiana. Este libro, marcado por el Jubileo de la Esperanza de este 2025, nace así como un testimonio de ese camino, un recorrido que combina reflexión, compromiso y contemplación, invitando al lector a descubrir en su propia historia y en la de los demás la posibilidad de vivir cada día como una verdadera fiesta de esperanza y amor compartido.

Porque sí: habrá baile en el cielo, y la pista ya está abierta en la tierra.

CAPÍTULO 1

Un Dios que baila con nosotros

Latido de Don Orione

"Quiero ser el santo de los cantos, de los bailes y de la alegría en el Señor.
Hoy tengo tantas ganas de bailar... ¿habrá baile en el Cielo?
Si hay música allá arriba, debe haber también danzas.
En todo caso, el Señor me reservará una sección especial para no molestar a los contemplativos."
Carta al P. Ignudi, Tortona 11 de agosto de 1934. Scr. 37, 171

Escuchando el Latido

En esta confidencia espontánea, Don Orione revela una espiritualidad desbordante de humanidad. Su deseo de bailar en el cielo no es metáfora ligera, sino expresión de una fe encarnada que abraza la vida con gratitud.

Hay algo en el alma humana que no se conforma con lo inmediato, que presiente otra música detrás del ruido. A veces, en medio del cansancio diario, se nos cuela un suspiro, una alegría, una ternura inesperada. Como una melodía que no sabemos de dónde viene, pero que nos invita a levantarnos y bailar.

Don Orione tenía una manera muy suya —y muy de Dios— de decir estas cosas. Él no hablaba de espiritualidades elevadas solo para los que "entienden", sino desde los pies en la tierra, desde las calles, desde el dolor del pueblo. Y desde ahí, desde la pobreza, soñaba con cielos abiertos donde también se diera un buen baile.

¿Quién dice que la santidad no puede tener música? En un mundo donde tantas veces la fe parece lejana o solemne, él propone una santidad con ritmo. Una que no huye del dolor, pero que tampoco deja de esperar. Que no se resigna a mirar el sufrimiento sin buscar aliviarlo. Que se involucra con la vida real de la gente —esa donde a veces no hay pan, pero aún se puede compartir una sonrisa.

Al imaginar una sección para no molestar a los contemplativos, Don Orione ironiza con ternura sobre las rigideces religiosas, proponiendo una santidad festiva, libre y cercana. En el trasfondo vibra la certeza de que Dios no sólo tolera la alegría: la habita. Esta visión desborda el ascetismo y abre un camino donde cantar, reír y danzar pueden ser también formas de oración. ¿Y si el Reino comenzara con un paso de baile?

Y es que hay formas de bailar que son pura resistencia: como la madre que sigue cantando mientras lava la ropa con agua fría, o el joven con discapacidad que, con dificultad, pronuncia su oración cada noche. Esa danza humilde, escondida, tiene perfume de eternidad.

Susurro Bíblico

"Él hizo todo apropiado a su tiempo; también puso en el corazón del hombre el deseo de eternidad, aunque este no alcance a comprender la obra que Dios realiza de principio a fin." Eclesiastés 3,11

Resonancia a la Palabra

Hay en el corazón humano un anhelo que no cesa: el deseo de plenitud, de sentido, de belleza que no se apaga. El texto nos dice que Dios "puso en el corazón del hombre el deseo de eternidad", pero que aun así "no alcanza el hombre a comprender la obra de Dios de principio a fin". Caminamos entre luces y sombras, tocando con los dedos algo que no podemos nombrar del todo.

En medio de la precariedad de la vida, de los barrios que no figuran en las postales, de los trabajos que apenas alcanzan para llegar a fin de mes, ese deseo sigue vivo. Lo vemos en la mujer que canta mientras barre la vereda al amanecer, en el joven con discapacidad que sonríe al sol sin entender del todo las noticias, en el anciano que comparte su pan duro con una paloma. Ahí —justamente ahí— resuena la eternidad que Dios ha sembrado en lo más profundo.

Y aunque muchas veces no entendamos el plan completo, esa chispa de eternidad sigue encendida. Nos empuja a no acostumbrarnos al dolor, a no resignarnos al egoísmo, a no dejar que la tristeza tenga la última palabra. Cada gesto de ternura, cada canto espontáneo, cada baile improvisado con el cuerpo cansado… es una forma de decir: "aquí también hay cielo".

Ecos de sabiduría.

"La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma y canta melodías sin palabras y no se detiene jamás."
—Emily Dickinson

Desde el corazón.

El baile humano es respuesta, necesidad, expresión. Mover nuestro cuerpo al ritmo de una música es algo que el ser humano ha hecho desde hace más de 10.000 años. Seguramente el mismo Jesús aprendió algún baile jugando de niño o bailó en alguna boda junto a los invitados.

En muchos países africanos, bailar es una forma de comunicación, celebración y conexión con lo espiritual y lo colectivo; se baila incluso dentro de la Eucaristía, tanto fieles como celebrantes. En las culturas indígenas latinoamericanas, a través de la danza, se transmiten historias, se honran a los ancestros, se celebran ciclos vitales y se establecen conexiones con el mundo espiritual. En Turquía, los Derviches giradores realizan el "sema", una danza

mística sufí, donde los derviches, vestidos con túnicas blancas, giran sobre sí mismos en un estado de trance buscando la unión con Dios.

Don Orione quería expresar la felicidad de estar "en" Dios, en su Reino, a través de la imagen del baile; toda esa felicidad reunida en una expresión profundamente humana y espiritual.

¿Y, en la tristeza habrá baile? Don Orione nos invita a buscar el ritmo no solo en las cosas del cielo, sino a encontrar esa sal del evangelio en cada acontecimiento de nuestra vida, incluso en aquellos más tristes o desagradables, el ritmo de Dios en lo cotidiano, movernos danzando en su amor. No temamos a lo alegre, a salirnos de los moldes estereotipados que nos fragmentan; dejemos que el Señor nos lleve danzando de su mano.

Pregunta para el camino

¿Dónde estoy necesitando recordar que la vida aún tiene música?
¿Dónde me invitará hoy Dios a bailar —aunque sea con pasos torpes— dentro de la historia concreta que vivo?

Oración final

Dios de los ritmos escondidos,
que habitas tanto en los altares como en las cocinas pobres,
enséñame a descubrir la melodía que sembraste en mi corazón.
Que no me falte la esperanza ni el sentido del baile,
aunque alrededor todo parezca gris.
Hazme instrumento de alegría humilde,
bailarín de tu Reino que ya empieza
a levantarse entre los humildes.
Amén.

CAPÍTULO 2

La alegría sabe escuchar

Latido de Don Orione

“Quien sabe escuchar el corazón del otro ya está escuchando el corazón de Dios.
La misericordia comienza donde el oído se abre y los brazos se extienden.”
Carta a los seminaristas, 1929. Scr. 22, 89

Escuchando el Latido

Don Orione comprendía que la verdadera caridad nace de la atención profunda al otro. No se trata solo de palabras bonitas ni de acciones rápidas; la misericordia requiere tiempo, paciencia y sobre todo escucha. Escuchar no significa solo oír sonidos: implica detenerse, abrirse, acoger silencios y dolores que muchas veces no se pueden explicar.

El corazón que escucha es un corazón que se inclina, que se humilla, que no impone sino que acompaña. En un mundo donde la prisa nos empuja a mirar solo lo urgente, escuchar se convierte en un acto revolucionario.

Don Orione nos enseña que cada gesto de atención, cada palabra dicha con paciencia y cariño, tiene un valor eterno. La vida cotidiana —en sus banalidades y dificultades— se convierte en espacio sagrado si se la aborda con el corazón dispuesto a recibir y comprender al otro.

Susurro Bíblico

"Escuchad, y vuestra alma vivirá."
(Isaías 55,3)

Resonancia a la Palabra

Hay momentos en que la vida pesa menos simplemente porque alguien nos escuchó. No porque resolviera todo, sino porque se detuvo, abrió espacio y dejó entrar nuestra voz en su corazón. Esa experiencia, tan sencilla y tan honda, se convierte en una chispa de alegría: la certeza de que nuestra historia importa.

La Escritura lo expresa con claridad: “escuchad, y vuestra alma vivirá”. No se trata solo de prestar el oído, sino de acoger lo que el otro es, con sus heridas y con sus sueños. La escucha auténtica devuelve vida y despierta esperanza.

El mismo Jesús supo mirar más allá de las apariencias: escuchar al hermano es ya un modo de acercarse a Dios. Porque en cada voz que clama, en cada silencio cargado de dolor, se esconde el eco del mismo Evangelio.

Ecos de sabiduría.

"La mayoría de la gente no escucha con la intención de entender; escucha con la intención de responder."
—Stephen R. Covey

Desde el corazón.

Escuchar es un arte olvidado. Las culturas modernas nos enseñan a hablar mucho, a llenar espacios de ruido y opinión. Recuerda ante todo que la escucha genuina transforma.

En muchos hogares y escuelas, la práctica de la escucha activa permite comprender no solo lo que se dice, sino lo que se siente. Los gestos, el silencio y los detalles cotidianos tienen un lenguaje que solo un corazón atento puede descifrar.

Una práctica que cada día se debilita es el silencio en las Iglesias, y no lo digo como acto meramente de respeto y educación, sino como una práctica espiritual en retirada. Hasta mi juventud(años 2000) era común todavía escuchar a gente que decía que buscaba una iglesia para estar tranquilo cuando tenia un problema, y que ahí en ese ambiente recuperaba la calma, quizás algunas de esas personas no buscaban la presencia de Dios pero sí las condiciones necesarias para llegar a una reflexión, y ahí el silencio acogedor que ofrecen las Iglesias o templos hacía que la persona se encontrara consigo misma y/o con Dios y pudiera en esa paz, que solo da el silencio en medio de la tormenta, poder encontrar esperanza. Por lo tanto te invito a perderle el miedo a al silencio, sé que aparecen cientos de voces y pensamientos que atosigan pero créeme en algún momento se retiran y podemos sentir las voz de Dios.
La paz interna da alegría, y sentir con el otro es llevar alegría a un corazón necesita.

Pregunta para el camino

¿A quién estoy escuchando realmente hoy?
¿Puedo hacer silencio para oír lo que Dios me quiere decir a través del otro?

Oración final

Señor, que mi oído y mi corazón se abran,
para acoger a quien sufre, a quien duda, a quien busca.
Haz que mi escucha sea fuente de misericordia
y que mi presencia refleje tu amor constante.
Amén.

CAPÍTULO 3

La alegría de servir

Latido de Don Orione

"El servicio es danza y canto; quien da con alegría, se convierte en instrumento de Dios. La caridad verdadera no pesa, sino que eleva el alma y llena de luz al mundo."
Carta a la comunidad de Tortona, 1931. Scr. 28, 144

Escuchando el Latido

La alegría de servir es inseparable de la fe y de la esperanza. Don Orione veía en cada obra de caridad un motivo de celebración: la entrega desinteresada, la compañía al enfermo, la ayuda al pobre, no son sacrificios que agotan, sino pasos de baile que elevan el espíritu y transforman la vida.

El servicio consciente y gozoso cambia la perspectiva: lo que parecía carga se convierte en oportunidad, lo que parecía rutina se convierte en encuentro. La felicidad nace de dar y no solo de recibir; de abrir las manos, de ofrecer tiempo y afecto, de invertir la vida en los demás sin esperar recompensa.

Susurro Bíblico

"El que quiera ser grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero será siervo de todos."
Marcos 10,43-44

Resonancia a la Palabra

El servicio es una forma de grandeza que se mide en amor y no en poder. El Evangelio nos recuerda que la verdadera autoridad se manifiesta en la humildad y en la entrega al prójimo. Cada acto de servicio, por pequeño que parezca, tiene resonancia eterna.

En la experiencia cotidiana, esto se traduce en gestos sencillos: acompañar al vecino, ayudar al compañero, ofrecer una sonrisa o palabra amable a quien lo necesita. Don Orione nos invita a descubrir la alegría profunda de estos actos, a verlos como pasos de danza que armonizan la vida con Dios.

Ecos de sabiduría.

"Nadie se ha hecho grande por lo que ha recibido; sino por lo que ha dado con alegría."
—Anónimo

Desde el corazón.

Servir con alegría es un acto de libertad interior. Significa desprenderse de la rigidez del ego y abrir espacio para el otro. En la educación, en la familia, en la comunidad, quienes sirven desde el corazón generan contagio: alegría, esperanza y confianza.

En culturas diversas, desde voluntarios en hospitales hasta comunidades religiosas, la práctica de servir con alegría fortalece lazos, cura heridas invisibles y deja huellas imborrables en la vida de quienes reciben y quienes entregan.

Cuando tenía 19 años durante un buen tiempo llevé al pecho una cruz que me regalaron en un encuentro de oración, que decía "amar y servir", después en el seminario supe que es la frase distintiva de los Jesuitas, cuando la usé me hacía sentir importante, no por llevarla, sino porque sentía que tenía esa misión y quería vivirla, me sentía poderoso casi un Superman del servicio. Creo que todos tenemos el super poder de "servir" pero este poder sin una sonrisa, sin optimismo se queda en una acto voluntarioso y generoso. Esa luz de la que habla Don Orione es la que transmite el servicio alegre, luminoso, fraterno.

Cuando nos pongamos la capa del servicio no olvidemos el antifaz de la alegría.

Pregunta para el camino

¿Cómo puedo transformar mis tareas cotidianas en actos de servicio que generen alegría?
¿Dónde puedo ser instrumento de Dios hoy?

Oración final

Señor, que mis manos sean tus manos,
mis pies tus pies, y mi corazón tu corazón.
Haz que cada gesto de servicio sea danza y canto,
y que la alegría de dar se refleje en el rostro de quienes me rodean.
Amén.

CAPÍTULO 4

Una alegría que no envejece

Latido de Don Orione

"Yo te hago saber que estaría muy bien, si no fuese por algunas molestias cardíacas que no me permiten trabajar más que un poco durante el día, y no me dan tregua de noche. Pero, como puedes ver, no me quitan el buen humor.
¡Vamos, hombre! Que no somos más que jóvenes de 62 años, por lo que si alguna de estas noches llegara a venir la hermana muerte, la recibiré con fiesta, ya que viví bastante, ¿no te parece? ¡Cuántos hay que ni siquiera tocaron los 60! Por tanto, conformémonos y que sea como Dios quiera. Porque, si Dios me da vida, ¿sabes que tengo esperanza de darle trabajo a tu astillero? (...)
¿Tienes trabajo? ¿Estás de buen humor? Si tienes trabajo y estás de buen humor, fúmate un cigarrillo a mi salud, porque yo rezo para que tu taller tenga trabajo y tú siempre estés de buen humor.
¡Fíjate qué contento está este viejo cura sin preocupaciones! Y tú, querido Franco, ¿estás alegre?"
Victoria, 4 de diciembre de 1934

Escuchando el Latido

La alegría de Don Orione no depende de la ausencia de dolor, sino de la capacidad de vivir con límites y dificultades sin perder la confianza en Dios. Su buen humor enfrenta la fragilidad humana y transforma la vulnerabilidad en ocasión de gozo. Llama "hermana" a la muerte, mostrando que incluso los límites de la vida pueden abordarse con paz y celebración.

La verdadera alegría se manifiesta en la vida cotidiana: en el trabajo compartido, en la amistad, en pequeños gestos que iluminan la rutina y fortalecen la comunidad. Don Orione nos enseña que el gozo puede ser humilde, constante y resistente, incluso en la vejez o la enfermedad.

Susurro Bíblico

"Amas la justicia y odias la maldad; por eso Dios, tu Dios, te ha ungido con óleo de alegría más que a tus compañeros."
Salmo 45,7

Resonancia a la Palabra

El salmista nos recuerda que la alegría es un don divino, un aceite que unge la vida y suaviza la dureza de la existencia. No se fabrica, se recibe y se comparte. Esta alegría cotidiana transforma la rutina, las pérdidas y los achaques en espacio de encuentro con Dios y los demás.

Ecos de sabiduría.

"Defender la alegría como una trinchera…"
—Mario Benedetti

Desde el corazón.

La alegría que no envejece surge cuando aprendemos a celebrar incluso lo más sencillo: un gesto amable, un encuentro, una tarea compartida. Es un sabor que nutre la vida, conecta con los demás y fortalece el espíritu. En muchos de los países de occidente se está dando el fenómeno que la población está envejeciendo(acentuándose esto en Europa), la ancianidad se vuelve algo cultural, entonces la vida comienza a vivirse con ojos de ancianos, pero como vivirla no en clave de ocaso sino de amanecer; los ojos de un anciano que irradia alegría son la muestra que la vida es plena hasta su culmen.

Entonces, ¿tenemos que caminar riéndonos a cada paso?, más bien me parece que podemos hacer de la alegría un acto Fe, un hermoso rayo de luz que entibie en las sombras de cada día, donde en lo cotidiano encontremos sonrisas o actos que alegran como mojarnos el rostro bajo la lluvia o cantar a todo pulmón esa canción que nos gusta tanto.

El 2019 mi mamá de 88 años estuvo en riesgo vital unos días, incluso estuvo inconsciente un par de días. Después de un poco más de dos semanas le dieron el alta y volvió a la casa, al principio tuvo que usar una silla de ruedas ya que estaba débil para caminar normalmente y debido a la condición que tuvo su memoria sufría algunos lapsus, aún con todo eso en un momento recordó que era septiembre y preguntó qué fecha y le dije que 16 y se recordó que en dos diás más serían las fiestas patrias y dijo: donde me va a llevar a comer y quiero beber una vasito de chicha yo estaré convaleciente pero puedo hacer un salud por chile. En eso momento sentí un momento de paz y alegría después de la angustia de haber tenido a mi madre muy mal, pero alegría que ella emanaba y transmitía.

Pregunta para el camino

¿Qué gesto sencillo puedo hacer hoy para que los distintos ambientes donde me desenvuelvo huelan a óleo de alegría?

Oración final

Señor de los días cansados,
unge mis manos con tu alegría para trabajar sin perder la paz.
Enséñame a tratar a la muerte como hermana
y la vida como fiesta compartida.
Que mi buen humor sea humilde,
y mi esperanza, perseverante.
Amén

CAPÍTULO 5

Siempre niños, siempre alegres

Latido de Don Orione

"Pareciera que el Señor nos quiere, en cierto sentido, siempre niños y siempre alegres y serenos.
Es así, al Señor se lo ama y se lo sirve en santa alegría, y no en tristeza; por eso San Francisco de Sales no creía en la santidad melancólica y triste, y solía decir: 'Santo triste, triste santo'.
San Francisco de Asís no se conformaba con la alegría, sino que quería la perfecta alegría.
He conocido a Don Bosco, estaba siempre alegre y de buen humor, hasta cuando le quitaron la misa."
— Escritos de Don Orione

Escuchando el Latido

Don Orione nos recuerda que la santidad y la alegría no son antagónicas: se complementan. Ser "siempre niños" implica conservar la capacidad de asombro y la alegría auténtica, incluso frente a dificultades. Esta alegría no es ingenua ni superficial, sino un reflejo de confianza en el amor de Dios.

Los ejemplos de San Francisco de Asís y Don Bosco muestran que la verdadera alegría es una fuerza interior que resiste la adversidad y se transforma en ternura, paciencia y fortaleza para quienes nos rodean.

Susurro Bíblico

"Regocijaos siempre en el Señor. Os lo repito: ¡Regocijaos!"
— Filipenses 4,4

Resonancia a la Palabra

Pablo insiste en repetirlo porque sabe lo difícil que resulta: la alegría que nace en el Señor no depende de circunstancias externas. Es un gozo que resiste al desaliento, se convierte en gesto concreto de esperanza y contagia a la comunidad.

Se manifiesta en los comedores comunitarios, en los hogares humildes, en los jóvenes que organizan actividades para otros, en los ancianos que celebran con música y risas. Cada expresión de alegría es testimonio de la presencia de Dios y resistencia frente a la adversidad.

Ecos de sabiduría.

"La alegría es la piedra filosofal que todo lo convierte en oro."
— Benjamin Franklin

Desde el corazón.

Ser "siempre niños" significa abrirnos al asombro cotidiano: reír con fuerza, llorar cuando duele y bailar aunque la música no sea perfecta. La alegría no es evasión, sino fuerza espiritual que nos permite enfrentar la rutina y transformar la vida de quienes nos rodean. A veces relacionamos niñez con inocencia, pero también la niñez está relacionado con lo lúdico, con sentir que un juego o jugarreta nos acerca a nuestra parte más infantil, pero muchas veces

confundimos adultez con vivir la vida tan seriamente que no puede haber cabida al juego, a la alegría de saltar sobre un charco cuando ha llovido o hacer un castillo de arena en la playa, entonces descubrimos que no hemos envejecido en el espíritu. Para lo anterior es necesario recuperar la sana sin verguenzura y atrevernos a ser personas que rian con la vida sin complejos.

Pregunta para el camino

¿De qué manera puedo volver a mirar mi vida con ojos de niño?
¿Dónde estoy llamado a ser portador de alegría, aunque las circunstancias me inviten a lo contrario?

Oración final

Dios de la risa y de la calma,
hazme sencillo para asombrarme de nuevo,
hazme libre para reír sin miedo.
Que no me falte tu alegría en la fatiga diaria,
ni tu serenidad en las tormentas.
Quiero aprender, como Don Orione,
que servirte es también sonreír,
que amarte es mantener el corazón joven,
que anunciarte es contagiar esperanza.
Amén

CAPÍTULO 6

Serena alegría en la tormenta

Latido de Don Orione

"No se turben por las dificultades ni se dejen abatir por la tristeza.
El mundo necesita vernos serenos en medio de la tempestad.
La confianza en Dios y la caridad entre nosotros
son las dos columnas que sostendrán la casa de nuestras almas."
— Carta circular, Tortona, 1936

Escuchando el Latido

Don Orione nos enseña que la serenidad no es ausencia de problemas, sino la capacidad de sostener la fe y la esperanza en medio de ellos. La vida presenta tormentas, pero cultivar la calma interior permite acompañar a otros sin perder equilibrio. La confianza en Dios y la práctica de la caridad son el soporte invisible que mantiene firme nuestro corazón.

Su mensaje no es optimismo ingenuo: reconoce las dificultades, pero invita a enfrentarlas con mirada clara y alma tranquila. La serenidad no es pasiva; es un testimonio vivo de la presencia de Dios entre nosotros, incluso cuando todo parece caótico.

Susurro Bíblico

"No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, presenten sus peticiones a Dios en la oración y la súplica, con acción de gracias.
Y la paz de Dios, que supera todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús."
— Filipenses 4,6-7

Resonancia a la Palabra

El apóstol Pablo y Don Orione coinciden: la paz de Dios no depende de las circunstancias externas, sino de cómo vivimos la confianza y la caridad en nuestro corazón. La serenidad es semilla que se siembra en medio de la dificultad y da fruto en acciones concretas: consolar, escuchar, acompañar y sostener.

En la vida cotidiana, se manifiesta en los pequeños gestos de quienes, a pesar de la adversidad, encuentran maneras de brindar calma y esperanza a otros: madres que cantan en medio del desierto, jóvenes que organizan ayuda comunitaria o vecinos que comparten lo poco que tienen.

Ecos de sabiduría.

"La verdadera paz no es la ausencia de tormenta, sino la capacidad de estar en calma en medio de ella."
— Autor anónimo

Desde el corazón.

En mi propia vida, la serenidad se prueba cuando surgen conflictos, pérdidas o incertidumbre. Aprender a confiar y abrirse al otro transforma el miedo y la ansiedad en compasión y

paciencia. Cultivar serenidad es un acto consciente que se renueva cada día, en lo grande y en lo pequeño.

La serenidad o calma es una virtud que se fortalece con la alegría. Lo curioso es que algunas veces resulta más fácil estar alegres que tranquilos, es porque disfrazamos la falta de serenidad con una alegría solo externa y al final recubrimos de una débil capa permeable y al primer impasse perdemos la paz interior y la alegría.

En mi Noviciado había un santo cura que siempre nos decía: "no se dejen robar" y lo repetía con insistencia y cariño, esto mismo te comparto, no te dejes robar la paz interior, cuando la sientas dentro cuídala, busca tu tranquilidad y no dejes que te la saquen y a eso agrégale una pizca de buen humor incluso dentro de la peor problema; en medio de la tormenta no tomas decisiones, agárrate fuerte a tu paz interior, sonría al cielo y con mucha fe y dientes apretados espera que pase la tormenta, cuando vuelva a brillar el sol sabrás hacia donde ir.

Pregunta para el camino

¿Qué me roba la serenidad en este tiempo de mi vida?
¿Confío lo suficiente en Dios y en la comunidad que me rodea para sostenerme en la tormenta?

Oración final

Señor de la calma profunda,
cuando el viento sople fuerte y la noche me asuste,
enséñame a confiar en tu presencia silenciosa.
Que mi corazón no se cierre al amor,
que mi fe no se apague ante la dificultad.
Hazme testigo de serenidad,
capaz de sembrar paz en medio del ruido
y esperanza en medio del dolor.
Que mi vida, sostenida en tu confianza y tu caridad,
sea casa firme para los que necesitan refugio.
Amén

CAPÍTULO 7

El baile que no termina

Latido de Don Orione

"Sean siempre alegres, porque la alegría es la mejor propaganda de la fe.
Un corazón que canta al Señor, aun en las pruebas,
es faro que ilumina a los demás.
Lleven la sonrisa de Cristo a donde haya dolor,
y verán que hasta las lágrimas se vuelven semillas de esperanza."
— Carta espiritual, Roma, 1939

Escuchando el Latido

Don Orione nos recuerda que la alegría es misión: un gesto de fe que contagia esperanza. No es una emoción pasajera, sino una fuerza que transforma lo cotidiano. Cada sonrisa, cada abrazo, cada acto de servicio es un paso en la danza del cielo que comienza en la tierra.

Su mensaje invita a reconocer que la santidad no es solemnidad eterna ni tristeza silenciosa, sino una vida que irradia confianza y amor. La alegría auténtica no niega el dolor: lo atraviesa, lo transfigura y lo convierte en oportunidad de solidaridad y ternura.

Susurro Bíblico

"Él enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque lo primero ha desaparecido."
— Apocalipsis 21,4

Resonancia a la Palabra

El Apocalipsis nos habla de esperanza y renovación. Don Orione comprendió que la alegría es profecía: un anuncio de que el Reino de Dios comienza a manifestarse cuando actuamos con amor y compasión.

En la vida diaria, esto se ve en quienes comparten lo poco que tienen, en los jóvenes que colorean muros grises, en los ancianos que celebran con música y risas, y en cualquier gesto donde la vida se afirma a pesar de las dificultades. La alegría es, así, un acto de resistencia, un testimonio de que la esperanza nunca se rinde.

Ecos de sabiduría.

"La alegría es la certeza de que, pese a todo, la vida merece ser celebrada."
— Ernesto Sabato

Desde el corazón.

La alegría no es fabricar sonrisas, sino abrir los ojos para reconocer la presencia de Dios en lo cotidiano. Cada gesto pequeño —compartir la mesa, perdonar, cantar, jugar, rezar— es un paso en la danza de la eternidad. La verdadera fiesta comienza aquí y ahora, en los actos más simples y humanos.

Voy a usar una frase que se aleja mucho del lenguaje de los libros de este tipo de literatura espiritual y hare una afirmación: “me gusta la jarana, el mambo, la fiesta”. Cuando estábamos en el seminarios nos dijeron de abstenernos de ir a bailar a una disco o pub en nuestras vacaciones, afirmación muy sensata y prudente, pero yo me pregunté: entonces ¿dónde puedo bailar? Y me tuve que conformar con mi pieza mientras hacia el aseo semanal o alguna fiesta familiar de amigos muy íntimos, pero la verdad aunque poco he seguido bailando. Nos guste bailar o no, lo hagamos bien o no, por favor no perdamos el ritmo en nuestra vida, el sabor, el son; no todo es fiesta o baile en la vida, pero podemos hacer de estas imágenes nuestras compañeras y contagiarlas a otros. Ven dame la mano, bailemos, también puede equivaler a ven, te quiero escuchar, ven, dime como te sientes o te brazo profundamente y me siento tu dolor.

Pregunta para el camino

¿Dónde reconozco hoy los signos del Reino que ya empieza a bailar en medio de nosotros?

Oración final

Señor de la alegría verdadera,
que tu sonrisa ilumine mis días,
y que mi vida sea un canto de esperanza.
Hazme sembrador de gozo en medio del dolor,
compañero de quienes han olvidado reír.
Danos a todos la gracia de vivir como hermanos,
bailando al compás de tu Reino que no termina.
Que cuando llegue el día final,
descubramos que ya estábamos en la fiesta,
y que tu cielo comenzó en nuestros pasos en la tierra.
Amén

Epílogo

La música que nunca se apaga

El viaje de estas páginas no termina aquí. Más bien, comienza de nuevo en la vida concreta de cada lector. Porque la alegría que Don Orione predicaba no era teoría, sino experiencia, carne y sangre en la vida de la gente.

La música del Reino ya está sonando. La escuchamos en la risa de los niños, en el canto de los pueblos que luchan, en la esperanza que se niega a morir aun en medio de la oscuridad. La escuchamos en cada abrazo sincero, en cada mesa compartida, en cada oración que brota desde la debilidad y, sin embargo, se eleva fuerte al cielo.

Este libro quiso ser un eco de esa melodía. Una invitación a no quedarnos quietos, a no resignarnos, a no creer que la fe es sólo deber o carga. La fe es danza, y el cielo es fiesta.

Queda entonces la tarea: bailar. Bailar con nuestras manos que sirven, con nuestros pies que caminan junto a otros, con nuestro corazón que se atreve a esperar. Bailar con lágrimas y con risas, con dudas y certezas, con caídas y levantadas. Bailar porque ya somos parte de la gran coreografía del amor de Dios.

Y cuando llegue el día final, descubriremos que no entramos a una fiesta desconocida, sino a un baile que ya habíamos comenzado en cada gesto de esperanza aquí en la tierra.

El cielo será baile, y la eternidad música. Y lo más hermoso: nadie bailará solo…